

La clase media ante el discreto encanto de la “traquetización”

Juan Carlos Celis Ospina



Espíritu que mezclado al espíritu del pueblo o la aristocracia de la burguesía puede hacer maravillas, pero que por sí solo no producirá nunca más que un gobierno sin virtud y sin grandeza.

Alexis de Toqueville,

Recuerdos de la revolución de 1848

Pero la fuerza de este orden burgués es la clase media.

Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*

En el tránsito del burocratismo del período de sustitución de importaciones a la flexibilidad neoliberal, las clases medias que se expandieron en Colombia en las décadas de 1960 y 1970 conocieron una primavera de radicalización en los setenta; fue un momento hegemónico para los estudiantes y profesores universitarios, un breve lapso en que la clase media tendió a apoyar el cambio. Pero tan pronto fue reprimida y en buena parte cooptada por el Estado y la empresa, ha tendido a aliarse con sectores tradicionales que, en la

mayoría de los casos, no están a favor del cambio y la modernización. A esta descripción general hay que agregarle la peculiaridad colombiana que incluye la tentación representada por los dineros procedentes del narcotráfico. En sus intentos sucesivos por querer convertir sus dineros en capital, se han cruzado mafiosos, “traquetos” y “clasemedieros”, hasta el punto de que una fracción de la clase media, desde mediados de la década de 1990, está compuesta por “traquetos”.

En la década de 1980, como suele pasar con las clases o fracciones de clase emergentes, los narcotraficantes intentaron penetrar a la élite política y económica tradicional. Quisieron hacer parte de la membrecía de sus clubes, y cuando los rechazaron construyeron los propios. Entre tanto, siguiendo un patrón común a los emergentes en el mundo, adquirieron bienes arquitectónicos y artísticos, característicos por lo costosos, pero también por lo cursi y primitivo —gusto no ajeno a las élites tradicionales—. Y allí estuvieron fracciones de la clase media, ayudándoles a construir su distinción. Fueron arquitectos, ingenieros, artistas, periodistas, modelos, médicos y abogados los que, entre otros, se sumaron a los ya integrados: químicos y diestros conoedores de las artes castrenses que hacían parte de las nóminas y organigramas de los carteles.

A mediados de esa década, al sobrevenir la crisis bancaria —en buena parte originada por la corrupción de los banqueros—, se irrigaron a la economía dineros provenientes del narcotráfico:

desde la ventanilla siniestra del Banco de la República hasta la financiación de los proyectos empresariales más diversos, donde tanto miembros de la clase dominante como de la clase media se hicieron los de la vista gorda e incrementaron sus fortunas.

Pero cuando fueron por el poder político de forma abierta, y cuando la presión de los norteamericanos pesó más sobre la élite colombiana, se armó una guerra de vastas proporciones, en la que a la lucha contra la extradición de los capos del narco hicieron coro ideólogos formados tanto en los partidos tradicionales como en la izquierda, todos ellos de la respetada clase media; y en contra de la violencia y del terrorismo, un escuadrón con conocimiento y experiencia acumulada: antiguos policías, militares y guerrilleros, igualmente de extracción de clase media.

En la década de 1990, al ser destruidos los grandes carteles, el narcotráfico persistió bajo la forma de pequeños carteles de “traquetos” que heredaron las rutas, pero que cambiaron de estilo

de vida, acogiéndose a modestas, prudentes y discretas maneras sociales y formas de consumo propias de la clase media.

Pero algo más poderoso se fraguaba. Los procesos de democratización (definidos fundamentalmente por la Constitución de 1991) a partir de conceptos formados durante la radicalización de la clase media de unas décadas atrás tales como participación, autonomía, autogestión, diversidad cultural, etc., no dejaban de inquietar a una fracción de la élite tradicional que, por lo demás, no se había preparado para la globalización, pues fue en las regiones donde el narcotráfico, con sus acumulados en posesión de la tierra y experiencia militar se empezó a aliar con los políticos locales y regionales.

El cemento cultural y político del proceso social fue el nuevo esquema de guerra que desde 2002 prometía el *regreso a la finca*, típica arcadia de la clase media. Pero ese regreso a la finca, con capital y poder acumulado, se convierte en un asalto del campo a la ciudad, típico de los procesos de

derechización en América Latina, tal como lo ha demostrado José Luis Romero.

La ciudad es tomada por el urbanismo “traqueto”, sus centros son abandonados por la clase media tradicional que es desplazada por los negocios ilegales y semilegales de la fracción de clase media en cuestión, con sus edificios posmodernos para el paseo y consumo popular, y los centros comerciales para lavar dólares y mezclarse con el resto de la clase, en una competencia de ostentación, donde las otras fracciones tratan de simular una sofisticación que nunca han tenido.

La movilidad social, proyectada desde los lejanos sesenta sobre el estudio, la disciplina, la dedicación al trabajo y la obediencia a los jefes, se encuentra en competencia con el dinero fácil, que puede tener asiento en códigos culturales arcaicos, como el de la débil ética del trabajo y el desprecio por el avance científico y tecnológico del viejo catolicismo peninsular en el que se formó la cultura colombiana. Y todo

esto, en el marco de un malestar con la intensificación del trabajo generada por la flexibilización.

Frente a esto se ha ido configurando una intelectualidad criolla hegemónica en el mercado literario, compuesta por una treintena de escritores que gracias al marketing se leen en los aeropuertos y moldea la cotidianidad de la “sofisticada” clase media, pero que a todas luces no han llegado a la calidad literaria de Carrasquilla, Gabo o Moreno Durán. Entre los recursos de sofisticación esta la consolación de considerarse malpensantes. En fin, una serie de mecanismos de afirmación como mistificaciones, ilusiones, sueños desafortados, sentimentalismo creciente, acompañados de frustraciones constantes, que un observador impresionista a lo Cayetano Betancur, con solo pasearse por un centro comercial puede intuir.

Juan Carlos Celis Ospina es

Profesor del Departamento de Sociología de
la Universidad de Antioquia.